CUARTA PARTE.

Desde su regreso á Grecia hasta su casamiento, es la edad de oro de Lord Byron. Los cantos primeros del *Childe-Harold* tan llenos de poesía, lo encumbran súbitamente á la cima del Parnaso inglés. En pocos dias llega á ser el hombre más célebre de su país y uno de los hombres más célebres de su siglo. Los que ántes le habian tan duramente criticado, lo ensalzan. La sociedad que ántes le menospreciára, lo pone á su cabeza. Las damas se disputan una sonrisa de sus lábios, los editores un verso de su pluma. Los más aristocráticos salones se abren á su paso para que reciba la corte de admiradores y respire á plenos pulmones el incienso de la alabanza. Envíanle nombramientos de honor los clubs más distinguidos. El príncipe regente lo invita á sus fiestas, y en presencia de toda la aristocracia

inglesa, le aprieta las manos que sostienen aquella lira inmortal. La Cámara de los Pares, que lo recibiera como un un jóven oscuro, lo cuenta como una verdadera gloria. Y hasta los escritores protestantes ortodoxos, segun observacion de Macaulay, no se ensañan fuertemente con este jóven sublime, que mina los principios cristianos por su base, á cáusa del esplendor de su aureola. Byron, cuyo principal atributo es la sensibilidad, bebe á grandes tragos en esta copa de oro. ¡El, disgustado siempre del mundo y de sus pasiones, cree posible vivir en aquella nube, como los dioses inmortales, oyendo un perpétuo himno en loor de su génio! La alabanza, el aplauso, la gloria, suenan gratísimamente al oido. Por algunos momentos cree el cándido corazon que todas aquellas muestras de entusiasmo han de ser eternas, que todas aquellas flores nunca han de marchitarse. Olvida que hay en el fondo de la sociedad, como en el fondo de la naturaleza, el aguijon del mal para impulsar la vida, espoleándola, hiriéndola. Olvida que entra más cantidad de mal, de desgracia, en aquellas almas en que entra más cantidad de génio. La naturaleza, despues de haber dotado á sus hijos predilectos con algunas de esas grandes cualidades propias para alcanzar la gloria, les exige que la merezcan por su trabajo y por sus luchas. Así es que en el fondo de todo génio hay siempre un abismo. No se lleva una corona de estrellas en la frente, sin llevar otra corona de espinas en el corazon. No se penetra en ese templo de la fama para escribir un nombre inmortal, sino á costa de escribirlo con sangre de las propias venas. A veces nace un génio, trabaja, lucha, cae, recae, muere olvidado en el camino de la gloria, y la posteridad, solamente la posteridad le conoce y le venga de las injusticias de su tiempo. Pero ¿qué más? Hay hasta en esos juicios póstumos que se creen definitivos é implacables, grandes alternativas y grandes eclipses. Shakespeare, el poeta más querido de nuestro siglo, ha pasado durante otros siglos por un bárbaro. No hay poeta académico, de esos que peinan la frase, cabelluda, pero sin seso, hasta convertir la prosodia y la sintáxis en el arte de un peluquero; no hay ninguno que no haya condenado el gusto del gran poeta y que no lo haya creido propio sólo para divertir á las gentes vulgares con sus monstruosidades y sus horrores. Y sin embargo, Shakespeare es hoy la mayor gloria de Inglaterra.

La vida es complicadísima, y por lo mismo, se halla erizada de dificultades insuperables. Y así como hay los grandes contrastes en la naturaleza, los hay en la sociedad. Junto á cada profeta que anuncia el porvenir, se levanta el magistrado que tiene el ministerio de conservar lo presente y que persigue al profeta. Junto á cada pensador nuevo, hay una asociacion que se declara infalible. Junto á cada reformador, hay la eterna copa de cicuta. Parece que no pueden caer las semillas del bien sobre la tierra, si no se rompe el vaso que las contiene. Cada preocupacion vieja se siente herida por la idea nueva, y la muerde. Cada privilegio persigue y calumnia á cada derecho que le contradice. La sociedad es movimiento. Pero los que vienen á moverla, caen siempre aplastados bajo su inmensa rueda. La sociedad es renovacion. Pero los que vienen á renovarla, mueren perseguidos por los viejos errores. No podeis aspirar á la ben-

dicion de los venideros sino teniendo la maldicion de los contemporáneos. Los animales feroces no se van sino despues de una peligrosísima caza. ¡Cuántos génios caen, cuántos se malogran, cuántos mueren y desaparecen como sombras en estas largas correrías necesarias para limpiar la tierra de mónstruos! La mayor parte de las gentes cree que, al arrancarles una preocupacion ó un error, á cuya sombra sus padres han vivido siglos y siglos, le arrancais su alma y su Dios.

Y vosotras, almas-poetas; vosotras, que venís de regiones más limpias; vosotras, coronadas de flores, batiendo blancas alas, vestidas del éter; con un cántico inmortal en los lábios y una lira en las manos, como los primeros ángeles que asistieron inclinados sobre el caos al nacimiento del Universo; vosotras, que llevais el ideal como una estrella sobre la frente, y que vivís embebidas y estáticas en la contemplacion de un mundo de ideas, que á nosotros, débiles mortales, sin vista tan penetrante como la vuestra, nos parece un mundo de sombras; vosotras no podeis venir aquí sino como á un abismo; no podeis penetrar en esta esfera de las realidades, sino tronchando vuestras alas y cubriendo de espinas vuestros piés; no podeis bajar desde el fuego donde habeis sido amasadas, á la frialdad de nuestras sombras, sin que el rocío de vuestras lágrimas, en el cual se descomponía la luz increada, se hiele en la caida y se convierta en granizo que apedree el vaso trasparente de vuestros corazones.

Indudablemente, el dolor de los dolores consiste en la desproporcion que hay entre la idea de justicia, de belleza, de bien, y las realidades del mundo. El único medio de

aliviar este dolor es trabajar por la modificacion de la realidad, cincelar el mundo, como el escultor cincela una estátua, hasta aproximarlo á la idea; y vivir y morir en la seguridad de que esta obra no se interrumpirá, sino que será continuada por otras manos. Todo poeta siente, lo que en lenguaje vulgar se llama el mal del país, el dolor del destierro, la nolstalgia del cielo. Todo gran poeta es como un ángel desterrado. Byron sentía, como nadie, este mal inmenso, infinito. Lo que en Virgilio, en Petrarca, en Bellini, en Rafael es una tristeza melancólica, dulce, igual, como las noches de luna, en Calderon, en Cervantes, en Shaskespeare, en Miguel Angel, en el Dante, en Byron es un dolor intensísimo, que toca ya en la desesperacion, es como el bramido del huracan sobre el oleaje del Oceano, es una inmensa tempestad. Hay muchos de estos génios que se han consolado desarrollando la virtualidad infinita de su alma en sus obras. Miguel Angel se encierra largos años y llena la bóveda de la Capilla Sixtina de profetas, de sibilas, de titanes sublimes. Cada una de aquellas figuras le ha costado extremecimientos horribles de dolor. Todas las ha parido su alma destrozándose. Sus actitudes dicen que no caben dentro de los estrechos límites concedidos á las obras humanas. Yo estoy segurísimo de que el gran dolor del artista se consolaría, se aliviaría, en medio del coro de sus hijos inmortales, de sus obras eternas. Pero Byron buscaba su consuelo en la vida real, en el mundo, en la copa misma de donde fluía su dolor. Así, ninguna de las mujeres que encontró correspondió al ideal de su mente.

Sólo se acercó un poco la condesa de Guiccoli. Ningu-

no de sus amigos le amó con aquel sentimiento de exaltacion que Byron llevaba hasta el heroismo. Ninguna de sus orgías satisfizo la fiebre de placeres ideados allá en el caos de su mente. Ninguno de sus viajes llenó la curiosidad de su alma, nacida para viajar por lo infinito. Entre las olas del mar y las estrellas del cielo; al través de las costas españolas, bruñidas por los rayos de nuestro espléndido sol; y la sombra de la Giralda y de los laureles del Alcázar de Sevilla; en la falda del Pindo y en la falda del Vesubio; entre los coros de las islas del Adriático y los coros de las islas del archipiélago; á orillas del Bósforo y sobre las ruinas de Roma; en las noches silenciosas de Aténas, cuando la luna bañaba con sus melancólicos resplandores la columna de mármol, á cuyos piés se extiende la yedra y sobre cuyo destrozado chapitel se cimbreaban las palmas, al soplo de las brisas del Egeo; en todos estos grandes teatros del arte y de la historia, en todo el mundo, encontró siempre el hastío que llevaba dentro de su alma. El mar cae como una gota de hiel y la tierra como un átomo de polvo en el abismo insondable del deseo. Hé aquí por qué la vida humana, esa vida llena de aspiraciones á lo infinito, no es como el círculo que el niño produce en sereno estanque arrojando una piedra, sino como esa faja infinita de mundos que Dios produjo en el inmenso espacio arrojando una palabra. La vida humana es infinita. Desde el momento en que nos convencemos de esta verdad, modelamos los hechos que están al corto alcance de nuestra mano con arreglo al pensamiento de la mente; y dejamos aquellas ideas imposibles de realizar, que se esparzan como llamaradas misteriosas en

la infinidad y en la eternidad de la vida futura, que se extiende hasta el seno de Dios.

Pero veamos á Byron luchar con la vida presente. El 14 de Julio de 1811 entraba en Lóndres, vigorizado por su viaje. A los pocos dias encontró en Murray un editor que ha unido su nombre al nombre del poeta. En estos momentos le sonreia todo en la vida. Mas, como si hubiera un génio del mal empeñado en contrariarle, casi todas las personas amadas de su corazon murieron en esta época. Misterios singulares, bien singulares tiene la vida. Toda cuna se levanta sobre un monton de sepulcros. Vuestra existencia se eleva sobre una série infinita de esqueletos perdidos en las profundidades de la tierra, como las raices de un árbol. Contar vuestra genealogía es contar un monton de huesos. Y, sin embargo, hay cierta época de la vida en que la inocencia es la atmósfera del alma y el mundo un paraíso. Teneis tanto tiempo delante de vosotros, que se confunde casi el horizonte sensible de la existencia individual con el infinito de la eternidad. No solamente olvidais vuestra propia muerte, sino la muerte de todas las personas que os rodean; aunque el mónstruo vive hiriendo, devorando y rumiando, eternamente suspendido sobre nuestras cabezas, como la araña sobre las moscas. Creeis que es imposible morir. Pero un dia, en la primavera de la vida, en la flor de la adolescencia, empezais por ver morir una de las personas más queridas, la jóven que habeis amado, la madre de cuyo santo seno habeis recibido el calor de la vida, el amigo con quien habeis compartido vuestras alegrías. Ese contrasentido de la muerte os hiere en mitad de la frente y en mitad del co-

razon. Lo que más admira en presencia de un cadáver es la facilidad con que mueren los séres. Lo que más extraña es la continuacion de vuestra vida, despues de la desaparicion de aquellas vidas sin las cuales creíais imposible respirar. Pero si no morís de pronto en esas horas supremas de las separaciones eternas, comenzais á morir. Con el primer ataud querido entregais á las mordeduras de la muerte un pedazo del corazon. Despues, poco á poco, veis caer séres que os son caros sobre la tierra humedecida por vuestras lágrimas, como las hojas secas sobre el barro del otoño. Y no solamente enterrais vuestras afecciones, vuestros amigos, vuestra madre, vuestra amada, sino que enterrais vuestras ilusiones, vuestras esperanzas. Y cuando llegais á la muerte, llegais como un árbol deshojado y seco, sobre el cual pone algunas veces el amor un nido como una promesa de la continuacion de la vida para otras generaciones.

El primer golpe que Byron recibió fué la muerte de su madre. Poco cuidadosa de la educacion de su hijo, demasiado violenta, al fin era madre. Hacía tiempo que la orgullosa señora presentía con resignacion su muerte, pero con dolor que iba á morir sin ver á su hijo. Desgraciados de aquellos que no han recibido la última mirada de una madre en el momento de la muerte. Ese pálido y triste rayo del sol en el ocaso, está lleno de consejos de virtud y de promesas de inmortalidad. Si en el momento de cometer una mala accion ó de abrigar una mala idea, os acordais de que teneis en el alma esa mirada bendita, que os pide una imitacion de sus virtudes y de su amor para encontraros en otra existencia más serena; si os acordais de que llevais

ese tesoro en el alma, ¡oh! no querreis, nó, mancharlo ni con una sombra. Para apreciar el valor de la virtud, es necesario ver morir, en su divina serenidad, una madre virtuosa. Para creer en la inmortalidad, es necesario estudiar la muerte. La que reservó la naturaleza á la madre de Byron fué violenta, como habia sido su carácter. Estaba ya enferma cuando un mueblista le presentó una crecida cuenta por arreglos hechos en su menaje. Tomó una gran pesadumbre y le sobrevino una apoplegía que la mató como un rayo. No se vieron hijo y madre en esta hora suprema. Cuando llegó Byron, se asentó inmóvil á la cabecera del ataud. Un sollozo amarguísimo salió de su corazon, reprimido pronto por su indomable voluntad. El jóven poeta siguió las costumbres de los pueblos meridionales, que no tienen valor para acompañar los séres amados hasta el pié de la fosa, como hacen los franceses y los ingleses. Cuando el cadáver hubo salido de la casa, invitó á uno de sus criados á sostener con él esas apuestas y esas partidas de puñetazos frecuentes en Inglaterra. Buscaba en estos ejercicios del cuerpo una distraccion á las tristes ideas de su alma; pero pronto, rendido á la fatiga moral, é incapaz de sostener su fingida serenidad, se encerró en su cuarto y se entregó al torrente de sus lágrimas.

Los eslabones de la cadena de la vida se rompen con una admirable facilidad. Los tres amigos más queridos de su infancia murieron por aquellos dias. El que más lloró Byron fué Edleton, corista de Cambridge, niño de figura celestial y voz dulcísima, que ya anunciaba desde los primeros años no ser en el mundo sino una fugaz aparicion, como las ilusiones,

como las flores, como las mariposas. Fué tanta la angustia del poeta, que redactó un testamento como si no creyese imposible sobrevivir á los rudos golpes de la adversidad. Escrito de su mano, tenía el testamento un laconismo trágico. Repartía todos sus bienes entre los legatarios legítimos. Imponíales como una obligacion imperiosa un entierro modesto, oscuro, para su cadáver, en el jardin de Newsteard; pero sin molestar ni incomodar á su perro allí enterrado. Sus nérvios se rompían como las cuerdas de una lira demasiado tirantes. Pasaba sus dias en una languidez cercana á la muerte, y sus noches en una soñolencia cercana á la locura. No tenía refugio en su hogar desierto, en el corazon de sus amigos, ya todos muertos, en el seno de su pensamiento, más triste que todos los sepulcros. La mujer que había amado en brazos de otro. El hijo de esa mujer idolatrada, que debiera ser su hijo, atormentándolo con sus besos, con sus caricias, que le recordaban la fortuna de su rival. Todo el aire en torno suyo oscuro, toda la tierra bajo sus piés desierta, todo el pensamiento una tempestad, todo el corazon una llaga. Entónces, desesperado, preguntando, como Job, el orígen de tantos males apénas comprensibles, juró entregarse al mundo con furor y en el mundo al crímen. Y entró en la vida social nuevamente con maldicion en los lábios, pero con la bondad en el alma.

Los años de 1812, 1813 y 1814 fueron los tres años de la gloria de Byron. Indudablemente es el período más dramático, pero tambien más desconocido de su vida. Las memorias, que el poeta había escrito en estilo superior al de sus versos, si hemos de juzgar por algunos fragmentos, esas

memorias, que debian ser uno de los más seguros testimonios históricos de la época, han desaparecido por la gazmoñería de la aristocracia inglesa, pintada allí, como suelen los grandes pintores, al desnudo. Un dia Byron estuvo á punto de tener un duelo con Moore, poeta irlandés. El duelo concluyó en un banquete. De este banquete salieron Byron y Moore amigos. Esta amistad fué ya inmortal en el corazon del poeta, y le obligó á entregar sus memorias á Moore. Pero Moore, este irlandés astuto, de helado corazon, deseoso de frecuentar la alta sociedad, incapaz de decir una verdad, posesor de secretos inmortales en que representaban varios cómicos ó trágicos papeles diversas grandes señoras de alto nombre, rompió aquél espejo donde se veían la faz del poeta y la faz de su tiempo. Así es que no tenemos la clave de muchos sucesos, la fuente de muchas ideas, la narracion de muchas aventuras; no conocemos bien los tres años genesíacos de la vida de Byron. En 1812 se instala en Saint James-Street, número 8, en el corazon de Lóndres. Estaba en el esplendor de su gloria, en la irradiacion más luminosa de su varonil hermosura, en aquella época de lucidez mental en que sus lábios despedían oráculos, sus miradas imperioso magnetismo. Aquél hombre tenía trasparencia en la frente. Veíase en sus ojos chispeantes y de color indefinible, una luz inmortal. Todo cuanto se ha modelado para expresar el génio, ántes ó despues de él, se le parece, desde el Apolo de Belvedére, hasta el busto de Napoleon por Canova. Aun recuerdo el dia que ví este busto en una de las mesas del maravilloso palacio Pitti, en Florencia. El busto no es un retrato, sino una apoteosis. El escultor ha

visto el Napoleon de Manzzoni con el génio, la gloria, el heroismo, la inmortalidad, la inspiracion sobre su frente, el mundo á sus piés, dos siglos batallando á su lado, y cubriéndose las sienes con sus relámpagos. Los escultores de los grandes tiempos del Imperio Romano esculpían así los Césares, cuando deseaban levantarlos á los altares de la inmortalidad. Es aquella la cabeza de un Dios. Pues bien: no lo querreis creer; creí al primer pronto por el parecido que era la cabeza de Byron. Acaso no sea posible pintar ó modelar el génio, sin pintar ó modelar algunos de los rasgos de esa fisonomía verdaderamente apolina, donde la inspiracion ha dejado sus inmortales resplandores.

Esta sávia de juventud y de génio brotaba en escritos y en discursos. Byron entró nuevamente en la Cámara de los Lores y pronunció tres oraciones. En las tres mantuvo la cáusa justa por excelencia, la cáusa de los oprimidos. Jamás la palabra humana, ese don de los dones, podrá tener empleo tan glorioso como el de consagrarse á la defensa de la justicia. Así, muestra que no hay en la naturaleza música comparable á la música de la palabra, cada una de cuyas notas es una idea, ó cada una de cuyas ideas la semilla de un mundo. Mancharla con el sofisma, es un error; pero mancharla con la adulacion, es un crímen. La elocuencia es la trompeta de un ángel que llama al Juicio de Dios á los tiranos, y abre los cielos infinitos de una nueva vida. Byron tenia todas las facultades del orador, todas: sensibilidad, imaginacion, idea, voz flexible, respondiendo á los varios tonos del pensamiento, palabra abundosa, claras nociones de justicia. Solamente le faltaba fijeza de vocacion. Su génio inquieto le llevaba á otras cimas del arte donde su sobresaliente individualidad pudiera desarrollarse en todas direcciones sin ningun obstáculo. Byron necesitaba volar. Su alma se creía demasiado cerca de la tierra en la tribuna. Y allá, en la poesía, desarrollábase en toda su plenitud. Pero los tres discursos que de él nos quedan, sin ser extraordinarios, nos obligan á lamentar que sus grandes desgracias le arrojáran de Lóndres, y, por consiguiente, de la tribuna británica, ántes de haber dado mayor desarrollo á sus facultades. El primer discurso tenia por objeto impedir la promulgacion de una ley cruel contra los trabajadores que, acosados por el hambre, destrozaban las nuevas máquinas con las cuales se obtenian ahorros de brazos. El segundo tenia por objeto sostener la emancipacion de los católicos, perseguidos por la intolerancia protestante. El tercero, presentar una queja al Parlamento del mayor Cartwright, jefe de la liga para la reforma parlamentaria, molestado por la policía en su radical propaganda de estos principios: parlamento anual, voto para todos los ciudadanos. De suerte que en todas las cuestiones que áun agitan á Inglaterra, en el problema del trabajo, en la emancipacion de los católicos, á cuyo término vamos á llegar, gracias al empeño de Gladstone, y en la reforma electoral, Byron ha dejado huellas de su génio, defendiendo siempre la cáusa de la libertad.

El mundo lo arrastraba en sus torbellinos y en sus pasiones. Gustábanle á la sociedad extraordinariamente las poesías de Byron, pero asediándolo de contínuo con sus seducciones, apénas le dejaban tiempo al poeta para escribir otras nuevas. Aseméjase la sociedad á esas gentes que para

mirar ú oler una rosa, comienzan por arrancarla de su tallo. Ignora que toda grande vocacion necesita un culto contínuo y casi exclusivo. El éxito de *Childe-Harold* fué extraordinario. Inglaterra sentía su tristeza en aquella sublime tristeza; su génio aventurero en aquella odisea del occidente al oriente de Europa; su orgullo nacional en aquellos cantos consagrados á la guerra contra Napoleon; y el pensamiento de su siglo en aquella alma gigante, que tenía, á pesar de sus dudas, un recuerdo para todos los sacrificios y una simpatía para todas las heroicidades de la historia. Hubo en torno suyo una tempestad de entusiasmo. Los ingleses, á fuerza de brazos, sofocaban á su ídolo. Byron no podia respirar en aquella copiosa lluvia de flores. No hubo sociedad, no hubo salon que no quisiera su presencia; no hubo ni hombre ni mujer célebre que no buscára su amistad. Los mismos á quienes habia más despiadadamente flagelado en sus sátiras, le perdonaban todo y hasta enorgullecíanse de aquellas heridas causadas por la lanza del jóven dios de la poesía. El año de 1813 fué un año triunfal. En él vió levantarse como un sueño el templo de su gloria, y vió á la primera de las naciones á su piés, ofreciéndole enagenada la corona de su génio.

Y, sin embargo, sentía el hastío. La gloria era para él amarga, el entusiasmo vano, las pasiones encontradas en estos senderos de laureles, venenosas. Su alma devoraba ese disgusto de la realidad, contra el cual sólo tenía el poeta un refugio: lo ideal. Y práctico por excelencia, realista, hería la tierra con el pié, buscando el manantial de sus goces. Y el goce eterno para las almas grandes, la bienaventuranza, es la contemplacion estática de una idea; y el trabajo, el combate diario por realizarla. Pero en Byron las ideas eran llamas vacilantes que ardían ó se apagaban al viento de sus pasiones. A estas dudas acompañaba la natural incertidumbre. No sabia qué pasion cultivar para encontrar la dicha serena, igual, que constituye uno de los encantos de la vida. Para la amistad era ya tarde, y además, todos sus amigos de la infancia habian muerto. Para el matrimonio era temprano, y además, ninguna mujer le atraía hasta el punto de poder entregarle su vida. "Maldicion, decía; no podemos vivir con las mujeres, y tampoco podemos vivir sin ellas." La duda era la serpiente que llevaba enroscada á su corazon y que escupía veneno en todos sus placeres. Contra este mal crónico ideaba una mujer fantástica de sobrenatural hermosura, en cuyos brazos descansara un momento. Pero era mentira, y le disgustaban las mentiras. Tras del desencanto volvía á la realidad, iba á la casa de un amigo casado, feliz, con hijos, á ver si aprendía, como en una escuela práctica, la felicidad doméstica. ¡Oh! No sabia las satisfacciones que tiene el mundo para los caractéres vulgares, cuando se imaginaba capaz de aprender lecciones prácticas de ventura doméstica. ¿Dónde encontrar por los senderos de la tierra el ángel de los ensueños? ¿En qué sociedad le darían un seguro contra las tempestades del alma? ¿Qué para-rayos descargará la nube del pensamiento? ¿Qué puerta ni qué cerrojo oponer á ese relámpago de las súbitas inspiraciones que culebrea por el cerebro y fatiga todos los nérvios, haciéndolos extremecer y temblar de dolor? ¿Qué medicina contra el génio, esa

epilepsia del alma? ¿Sobre qué tierra descargar ese peso abrumador de la grandeza humana? La enfermedad de Byron era inmortal. Si no ha encontrado lo infinito, lo eternamente bello, en otro mundo mejor, todavía padecerá su alma la sed inextinguible que lo devorára, y que fué su gloria porque fué su tormento.

El amor correspondido pudo ser la felicidad del poeta. Solamente en él encuentra reposo el alma. El amor equilibra todas las facultades, dulcifica todas las pasiones, da el ópio del grato olvido contra la adversidad, y un éxtasis que reduce la vida á un punto, al objeto amado, en el cual se resume el Universo. Ya no importa la duda, porque al ménos tenemos una fé. Ya no importan las ingratitudes humanas, porque tenemos al ménos una amistad. Ya no hay realidad de la vida que nos asuste, porque se convertirá en paraiso con la presencia de la mujer amada. Ni en la muerte nos va gran cosa con tal que nos encierren á los dos en el mismo sepulcro. Se han confundido dos almas, y en su confusion se ha creado un cielo. Hé aquí la ventura que buscaba Lord Byron. Pero fué desgraciado, acaso porque sintió de la pasion el sacudimiento eléctrico y no el resplandor eterno. Tuvo algunos amores pasajeros. Tuvo una amistad con Madame Staell, amistad más bien de inteligencia que de corazon, nacida de las extraordinarias proporciones de dos almas que se comunicaban sin comprenderse, y que mútuamente se gustaban sin amarse.

Hay dos mujeres que han dejado en el alma de Byron inextinguible huella. Hay dos pasiones que han sido la clave de su destino; pasion adúltera la una, pasion legítima

la otra; desgraciadas ambas, cáusas generadoras de todos sus infortunios. Carolina Lamb es la primera que emponzoñó sus dias. Hija de una de las principales familias inglesas, educada para las letras, de nervioso temperamento, de imaginacion exaltadísima, su amor á las lecturas romancescas, su entusiasmo por la poesía habían exacerbado casi todas sus pasiones y dádole invencible inclinacion por las aventuras. Fluye corriente ponzoñosa siempre del error que consiste en no trazar la línea divisoria entre el mundo de la poesía y el mundo de la realidad. La jóven era, pues, una heroina de novela. El marido que sus padres le habían dado no era idóneo para contrastar estas exaltaciones de una fantasía arrojada de contínuo como cohete incendiario en medio de las realidades prosáicas de la vida. Pero aquél matrimonio fué algun tiempo feliz. Ora proviniese su felicidad de mútuo amor, ora de que ninguna ocasion había encendido la fantasía de Carolina, lo cierto es que sus dias se deslizaban tranquilamente, en la paz doméstica. La jóven leía sus escritos á una inteligente sociedad reunida en espaciosa Biblioteca, y aquellas ocupaciones llenaban su vida, y aquellos aplausos satisfacían su ambicion. Ningun matrimonio más feliz en Lóndres que este matrimonio.

Pero cierta noche se encontraron Byron y Catalina en casa de Lady Jersey. La jóven se sintió herida súbitamente por aquella mirada de poeta. Ella, que tantas veces pintára el amor, no lo había sentido hasta aquel momento de perdicion. Las fantasías de sus novelas se cristalizaron en una pasion que vino á ser toda su alma, toda su existencia. El magnetismo poderoso, que poseía como un talisman aquél génio